



Año 3 | Núm. 19

LaViscera Magazine

 www.facebook.com/LaViscera

Dirección / Coordinación

EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección

CVH

Consejo de redacción

CARLOS SAN JORGE

PATRICIA SÁNCHEZ

CARLOS VICENTE

Maquetación / Diseño

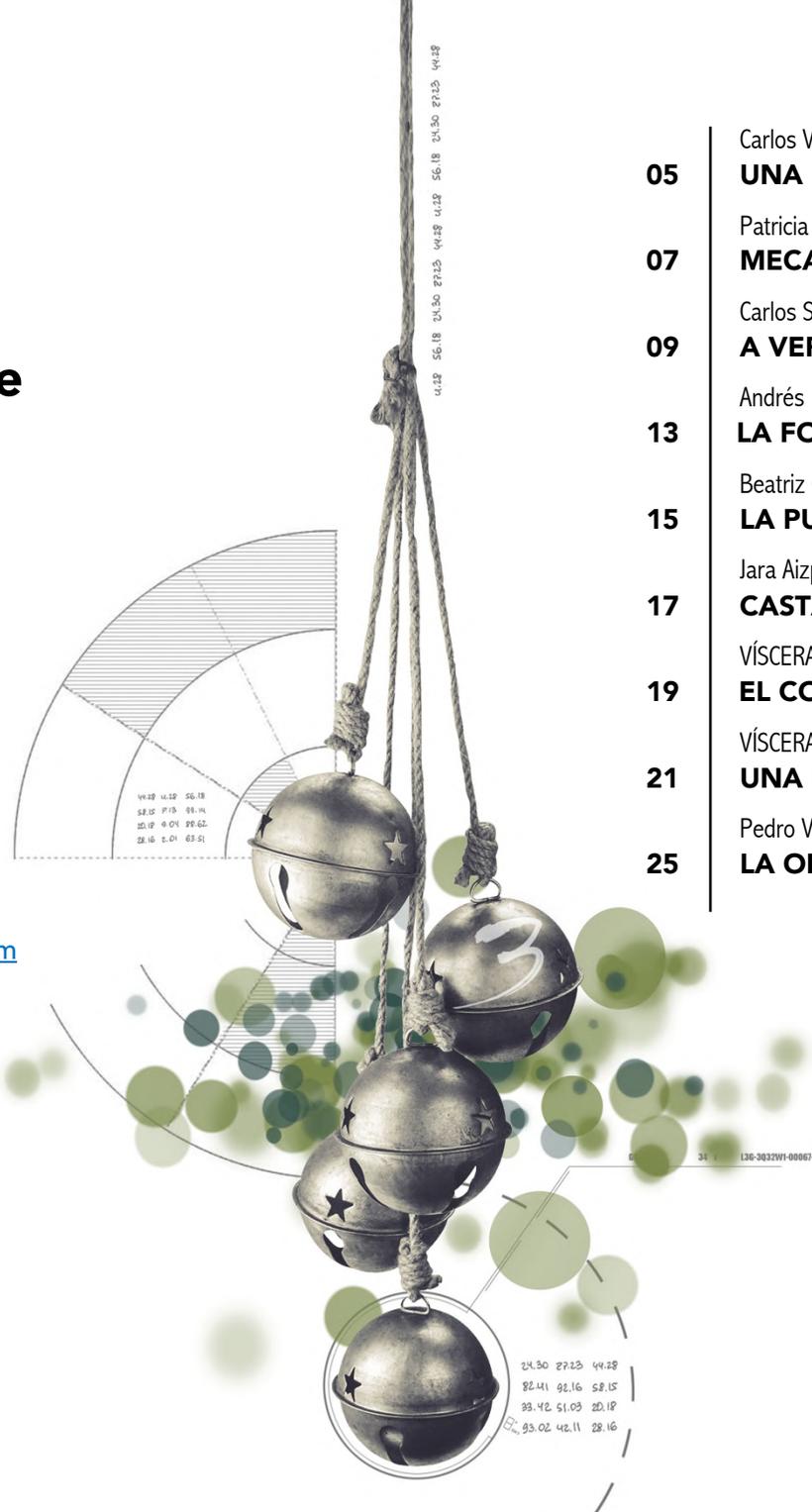
PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto:

LaViscera@edulogic-producciones.com

www.edulogic.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.



- 05 Carlos Vicente
UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XVIII)
- 07 Patricia Sánchez
MECANISMO DE DEFENSA
- 09 Carlos San Jorge
A VER CÓMO LO EXPLICO
- 13 Andrés M. Níguez
LA FOTO
- 15 Beatriz Gorjón
LA PULSERA MÁGICA
- 17 Jara Aizpurua
CASTAÑAS ASADAS
- 19 VÍSCERAS INVITADAS: RAQUEL G. SEVILLANO
EL COLLAR DEL ABUELO
- 21 VÍSCERAS INVITADAS: ELIA GONZALO
UNA DE HARRISON FORD Y CASCABELES SALVADORES
- 25 Pedro Vez Luque
LA OBRA

***El vino brillaba en sus ojos
y tintineaban los cascabeles.***
NARRACIONES EXTRAORDINARIAS
Edgar Allan Poe

No nos gustan esas personas que dicen que adoran a los gatos porque son animales libres e independientes y, luego, les ponen un cascabel al cuello para saber dónde están. No. No nos gustan esas personas.

Con este número cumplimos tres años.
Sin cascabeles al cuello.

UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XVIII)

CARLOS VICENTE



FOTOGRAFÍA:
Man and Woman
Embracing, Paris
de Ed Van der Elsen (Ámsterdam, Países
Bajos, 1925 - Edam, Países Bajos, 1990)

MUSEO REINA SOFIA

Siempre he querido escribir -pero nunca lo haré- una obra de teatro en la que dos académicos de número de la RAE, un catedrático de lingüística de la Universidad de Salamanca y una escritora, discuten en una reunión plenaria. Sería algo así como...

Salón de plenos de la RAE. Dos sillones iluminados por focos cenitales. El resto a oscuras.

Académico: Y no pararé de decir frente a mis compañeros que el uso de la palabra sonajero en ese sentido es algo deleznable.

Académica: ¿Soy yo, entonces, deleznable?

Académico: No, nadie ha dicho que lo seas.

Académica: Sí, sí, que lo has dicho. Como siempre.

Académico: No empecemos.

Académica: Lo has dicho siempre. En este pleno, en aquella comida con otros colegas colombianos y en aquella habitación de hotel en París, cuando no te importaba que te tocara... ¿Cómo era? Ah, sí. Cuando no te importaba que te tocara los cascabeles.

Académico: Por favor...

Académica: Sí. Lo que pasa es que como mi nueva novela se titula «No dejes que te toque el sonajero»...

Académico: Eres una lacra para esta institución.

Académica: ¿Tienes miedo de lo que pueda decir?

Académico: Este salón es un sacrosanto lugar. Es un templo de sabiduría.

Académica: Y yo lo mancho. ¿No es eso? Yo soy impura por decir sonajero y cascabeles. Háztelo mirar.

Académico: ¿Ven ustedes a lo que me refería cuando antes aludía a la necesidad de preservar los valores que nos han legado nuestros antepasados desde el *Beato de Liébana* hasta nuestros días? ¿Qué pensaría Quevedo?

Académica: Quevedo haría un soneto, hazme caso. Y el último terceto rimaría con mamarracho. ¿Se puede decir la palabra «mamarracho» o viola las normas de este Sanctasanctorum?

Académico: Tu ironía te define.

Académica: No es ironía, es sarcasmo.

Académico: Eso habría que discutirlo.

Académica: ¡No me toques los cascabeles, por favor!

Académico: El sonajero, te voy a tocar.

Académica: Y ahí está. Ahí salió. Por fin...

Y así seguirían discutiendo hasta que los dos, en un apasionado ataque de locura, se besaran delante del resto de académicos y se marcharan a un hotel de París a hacer el amor y deshacerse de todos sus prejuicios.

MECANISMO DE DEFENSA

PATRICIA SÁNCHEZ

He optado por el letargo.

Cualquier cosa antes de seguir con esa sensación bajo el ombligo.

Con esa infame necesidad de arrancarme la piel para observar cómo crece ese agujero negro que originaste sin apenas despeinarte.

Se expande a velocidad constante, como esa caries que tocas con la punta de la lengua y que acaricias de forma malsana, inconscientemente. Lo tengo casi controlado, aunque a veces me sorprende algún que otro acelerón que hace que cada vez esté más cerca del pecho, del punto de no retorno.

He colgado un cascabel en medio del pasillo con uno de esos hilos de sedal que complican el nudo pero que facilitan esa teatral invisibilidad que no puedo evitar buscar. Más por defecto profesional que por necesidad real. Lo esquivo en casi todos los desplazamientos. Cuando me olvido de que está y suena a mi paso, su tintineo me recuerda que, si me despisto, volveré a creer en ese artificio que construyes a placer y al que me invitas sólo cuando te interesa.

Me permito una torpe sonrisa hasta que cesa el ruido. Y vuelvo a estar alerta.

He optado por el letargo.

Hasta que esa masa oscura me devore por completo.

Escultura «Thrive» de Daniel Popper, instalación pública permanente situada en Society Las Olas, Florida.





Aquella mañana, Ernesto, el padre de familia de los Fernández Galván, llamó al salón a todos los habitantes de la casa para dar una terrible noticia. Cheshire, el gato que entró en sus vidas al poco de nacer la pequeña Alicia, y que durante los últimos 9 años había llenado a la familia de amor y desesperación a partes iguales, había fallecido.

El primero en aparecer fue Emilio, el hijo mayor y adolescente que llenaba su tiempo jugando a videojuegos en línea. La voz de su progenitor le había pillado en mitad de una batalla entre orcos, enanos y gallinas para liberar al mundo mágico de Oxcrox del yugo dictatorial del malvado brujo y granjero Polik. Se sentó junto a su padre mientras se quitaba los cascos inalámbricos y, sin decir ni una palabra, como ya era habitual desde que las hormonas dominaban su cuerpo, le hizo un gesto con la cabeza frunciendo el ceño que, según el traductor de Google, podría interpretarse como: «¿Qué pasa, papá?»

Enseguida llegó Alicia. Miró a su padre y a su hermano y se sentó en su sitio habitual. Giró su pequeña cabeza y escudriñó extrañada el entorno por el inusual silencio de la casa a esas horas del día. Preguntó a su padre: «¿Dónde está mamá?». Pero antes de que pudiera contestar, Violeta, la mamá, entró por la puerta, dejó una caja de zapatos a los pies de la silla y, con cara de circunstancias, se sentó junto al resto de la familia.

- ¿Para qué es la caja? - Volvió a preguntar la niña.

- Veréis. - contesto Ernesto respirando hondo.

- Cheshire ha aparecido muerto. - Soltó de repente Violeta como si quitara de golpe una banda de cera en una pierna peluda, intentando minimizar el dolor.

El silencio que se apoderó del salón fue el que propició que Ernesto pensara en la manera apropiada de confesar la autoría del «gaticidio»: venía de comprar pellets para la estufa y, al entrar en casa con el saco de 15 kilos en brazos (porque es la única forma de llevarlo de manera cómoda) no se dio cuenta de dónde estaba el puto gato y lo pisó, rompiéndole el cuello.

Él y su manía de ponerse debajo de la alfombra del pasillo. ¿Cómo puede ese, el espacio entre el suelo y una alfombra, el lugar favorito de un gato?

Emilio pensaba que como alguien se enterara de que por su culpa el gato estaba muerto, le iban a castigar de por vida. ¿Por qué cojones tiene que estar en la genética adolescente la inconsciencia de fumar en el baño con la ventana abierta y esperar y suponer que los ambientadores de flores disimularán el aroma a tabaco?

¿Quién iba a imaginar que el subnormal de Cheshire estuviera en el alfeizar de la ventana y que al abrirla iba a caer sin remedio los cuatro pisos? ¿Qué narices hacia ahí? Si no le gustaban las ventanas. Y, además, ¿no era que los gatos caían siempre de pie? Pues este gilipollas no. Menos mal que tuvo tiempo de bajar a por el cadáver gatuno y colocarlo en su sitio favorito antes de que su padre llegara de comprar pellets. Y, con un «definitivamente tengo que dejar el tabaco», concluyó su pensamiento.

Alicia no paraba de pensar que, con toda seguridad, se había convertido en la asesina de gatos más joven de la historia. Que por ello no podría terminar el colegio porque, cuando se enteraran, su propia familia la denunciaría, la policía rodearía su casa con los coches patrulla, los helicópteros del ejército sobrevolarían su edificio y, después de entrar por las ventanas varios GEOS con las metralletas, la llevarían a esa cárcel de mujeres que vio una vez en una serie de televisión donde iban todas de naranja. Le mataban dos cosas: la imagen de la cara de decepción de sus padres cuando se enteraran de que había vuelto a usar el patinete eléctrico dentro de casa, a pesar de habérselo prohibido, y que, por culpa de la velocidad, no vio a Cheshire tumbado, quien, después de pasarle por encima, ya no se movió más. Pero lo que más triste le ponía era imaginar la mirada de su hermano cuando confesara que fue ella quien había puesto el cuerpo inerte del gato en la ventana del baño para que su adicción hiciera el resto y cargarle a él «el muerto».

Violeta, por su parte, se consolaba pensando que el gato era muy mayor, que estaba un poco sordo y ciego de un ojo y que era normal que no la hubiera escuchado acercarse con el carro de la compra, mientras ella encargaba aquellos zapatos monísimos en esa aplicación de moda a la que estaba enganchada y en la que no podía desaprovechar el cupón del veinticinco por ciento de descuento si se gastaba ciento cincuenta euros. Cuando quiso darse cuenta, una de las ruedas del carro pasó por encima del gato. «¿Podrían acusarme de omisión de socorro por irme de casa como si no hubiera pasado nada? Siempre puedo alegar que me puse nerviosa, no supe qué hacer y escapé del lugar del crimen». Pensaba una y otra vez.

Mientras tanto, en una cocina al otro lado de la calle, en una planta más alta que la de la familia Fernández Galván, Hermenegildo Rodríguez Cantero, jubilado y aficionado a la ornitología, había visto todo lo ocurrido.

Gracias a su afición y a unos prismáticos Levenhuk que le acompañaban desde su servicio militar, una tarde, de forma accidental, había enfocado al salón de sus vecinos, enamorándose perdidamente de su robot aspirador última generación, que, como asegura la publicidad, barre, friega, quita ácaros y es capaz de sortear escalones pequeños como un pequeño carro de combate. Desde aquella tarde, observarlo trabajar por toda la casa, gracias a los enormes ventanales del apartamento, se había convertido en un vicio similar al de estudiar el vuelo aleatorio de los pájaros silvestres. Le parecía increíble ver cómo las potentes aspas no hacían distinción entre tarima, baldosa o alfombra, dejándolo todo como los chorros del oro. Pero aquella mañana, exactamente a las 7:42, fue testigo de cómo el gato, con movimientos lánguidos y perezosos, se tumbaba en el suelo. Minutos más tarde, a las 7:49, cual locomotora sin control y siguiendo su trayectoria habitual, el robot pasó por encima del minino sin que al morrongo le diera tiempo a huir. Una vez que el aspirador lo había arrollado, el preocupado jubilado siguió observando un rato, algo esperanzado, pero nada, el gato no volvió a moverse. No era difícil entender el desenlace de tan desafortunado incidente, así que, con tristeza, corrió las cortinas, miró a su gato, que ronroneaba sobre la encimera, y, acariciándole, le dijo: «No te preocupes Baguera, si algún día compro un cacharro de esos, será a él a quien le ponga el cascabel. Vamos a desayunar».



LA FOTO

DE ANDRÉS M. NÍGUEZ PARA **CASCABELES**



Camina el hombre sujeto al tintineo de su destino.

La niña dormita contra la ventana del autobús. Unos baches, que hacen que su cabeza rebote contra el cristal, la espabilan. Se acuerda de que va al pueblo a pasar el verano con sus abuelos y la boca le sonrío por su cuenta. Sus padres la han dejado en el coche de línea. No te muevas del asiento hasta que no veas a la abuela, le han ordenado. Arruga la nariz. El aire es denso y una mezcla a grasa rancia, sudor antiguo pegado a los asientos y un fuerte olor a pescado se le agarra a la garganta. Por suerte, ve por la inmensa luna, salpicada de restos de insectos, una cruz que conmemora a los caídos en la guerra, a unos caídos, y que anticipa la llegada al pueblo.

El coche de línea para en la plaza y la niña se levanta sin moverse del sitio buscando a la abuela. Ve cómo la saluda con una mano mientras con la otra coge la maleta que le está dando el conductor. La niña levanta la manita con timidez y por fin se decide a salir. La abuela se le echa encima nada más bajar el último escalón. Le agarra la cara con las dos manos y le descarga en ambos carrillos una metrallera de besos. La niña se sonroja mientras ve de reojo cómo unos críos con la rodillas sucias y casposas se ríen señalándola. Es tímida y le gusta pasar desapercibida. Sí, es mi nieta la de la capital, que viene a pasar el verano con nosotros. Sí, sí, está delgada, ya me encargaré yo de eso, dice la abuela en voz alta a todo el que la quiera oír. La abuela no es nada discreta y le gusta pararse a hablar con todo aquel que encuentra, conozca mucho o no, se lleve bien o no, le pregunten algo o no.

La casa de los abuelos está a la salida del pueblo, en un camino de tierra que sale a la derecha, que le llena los zapatos de polvo y le reseca la garganta a partes iguales. La abuela sigue parlotando sin parar mientras tira de la mano de la niña, que se deja llevar. De pronto, ese olor a verano. Ese olor que sólo aparece al atardecer y que es una mezcla de hierba recién cortada y espigas secas inunda su nariz y el sonido de los primeros grillos de la noche sus oídos, mientras los ojos se llenan de aquel ocre atardecer que pinta todo más bonito. Y, a la vuelta de un recodo, se divisa la casa, pequeña y vieja, la puerta abierta, la higuera que se eleva hasta el tejado y una figura sentada con las manos cruzadas en el regazo. La niña se suelta de la garra de la abuela y corre hasta llegar al abuelo, que la recibe con una sonrisa feliz. Y, siempre el mismo ritual: el abuelo estira sus manos huesudas y nudosas como juncos secos, y la niña acerca su cara a ellas, para que pueda pasarlas

por cada uno de sus recovecos. Y, entonces, ensancha aún más la sonrisa: Julia, hija, ¡qué guapa estás! Y la niña se abraza él con fuerza. El abuelo es ciego, pero es el que mejor la ve.

La niña pasa los días ayudando a la abuela a cocinar. Va a buscar los huevos, da de comer a los conejos zanahorias recién arrancadas del huerto. Es silenciosa y tranquila, tímida. Por las tardes, sentada al lado del abuelo, le lee en voz alta libros de aventuras. A veces, él le pide que se acerque, y le pasa las manos por la cara. Si nota un gesto triste, le pregunta qué le ha pasado: unas veces es porque la abuela le ha reñido porque ha roto un huevo, otras porque un niño le ha tirado de la trenza cuando ha ido al pueblo a comprar el pan... Siempre encuentra consuelo en él. El abuelo se preocupa porque la niña no sea más alegre, más vital. Un día la llama a su lado, le agarra la mano y, poniendo la suya encima, le deja caer en ella una pulsera de cascabeles. La niña mira la pulsera y al abuelo y no sabe qué decir. Es para ti. Así siempre sabré por dónde andas y, si suena mucho, sabré que estás corriendo o bailando y eso me hará feliz. La niña mueve la pulsera y el tintineo de los cascabeles la sorprende. Suena como el brindis de mil copas de cristal fino. Y, además, dice el abuelo en voz baja, son cascabeles mágicos, ahuyentan de ti todo mal, miedo o peligro. Tú lo único que tienes que hacer es sacudirlos con fuerza. Y la niña lo hace, va a todos lados corriendo e, incluso, baila sin motivo sólo por ver la sonrisa en el rostro del abuelo. Empieza a jugar más con otros niños que se acercan atraídos por la niña de los cascabeles, como las ratas al flautista de Hamelin. La niña cree de verdad que la pulsera es mágica y eso le ayuda a dejar sus miedos, vergüenzas y temores. Se aferra a la pulsera como si fuera el traje de Superman. Cuando vuelve a casa después del verano, ocurre igual, en el colegio deja de ser la que está apartada en un rincón y se pasea por allí tintineando con energía.

Pasan los años. El abuelo ya no está. Ya no está su sonrisa al oír la llegar. La pulsera ya no adorna su muñeca, la goma está muy vieja y la niña, ahora ya mujer, tiene miedo de perderla. Lo que no ha perdido es la capacidad de enfrentar la vida con una sonrisa. Ahora ella es un cascabel y transmite fuerza y energía a todos los que están a su alrededor. La pulsera está bien guardada en un cajón, del que sólo sale en esos momentos de debilidad o tristeza que ella espanta apretándola con intensidad y haciendo sonar sus cascabeles.



LA PULSERA MÁGICA

BEATRIZ GORJÓN



CASTAÑAS ASADAS

JARA AIZPURUA

Por alguna razón que no entiendo hoy huele a castañas asadas en casa. Sin embargo, tú siempre las hacías cocidas. Nos sentábamos en la mesa de la cocina e ibas haciendo ese corte en la cáscara. Cuando las metías a cocer, yo esperaba viendo la tele o haciendo cualquier otra cosa que no recuerdo. Hoy sólo me viene a la cabeza esa imagen. Cuando ya estaban listas, me avisabas y nos sentábamos otra vez alrededor de la mesa de la cocina para comerlas. Éramos capaces de quemarnos las yemas de los dedos porque no teníamos paciencia para esperar a que se enfriaran. Me diste pocos momentos bonitos, pero ese fue uno de ellos.

La psicóloga me dijo que te escribiera una carta de despedida, que sería una forma de cerrar una etapa y dejarte ir de verdad, sin posibilidad de que el pasado me persiga. Dijo que también anotara las cosas bonitas y que aprovechara a decirte todo aquello que se quedó dentro de mí y aún duele.

A la siguiente visita, llevé unos cascabeles junto con la carta. Les había puesto una cuerdecita y con ella había atado aquel folio y medio de reproches y olor a castañas.

Cada vez que llegabas a casa, justo cuando ibas a abrir la puerta, se escuchaba el ruido de las llaves. Ya sabíamos que llegabas. Entonces nos poníamos tensos, el miedo aparecía... Después llegaba todo lo demás. Un día tras otro se repetía. Un día tras otro tus llaves eran como unos cascabeles que nos anunciaban tu presencia. Por eso quise quemarlos junto con la carta, quería que aquella sensación desapareciera.

No lo conseguí. No ardieron. Mis palabras, sí.

Hoy huele a castañas asadas y no tengo castañas. He salido al rellano por si algún vecino las estaba preparando. Negativo.

Hoy un recuerdo bonito ha llegado a mí. Quizás lo esté superando. Quizás las castañas sean una señal.

RAQUEL GARCÍA SEVILLANO

Para muchas niñas y niños de principios de los ochenta, los domingos estaban destinados a vestirse con la ropa nueva, con zapatos relucientes para acudir a misa de doce y, después, al quiosco a «gastar».

Nada más alejado del ritual de Ella. Su vestido era uno precioso heredado de su hermana mayor. Un vestido verde con lunares blancos. Un vestido de flamenca con sus zapatos de tacón a juego. Sí, Ella los domingos se vestía de «artista»: una mezcla de artista y pitonisa sacada de otros tiempos. Así era Ella, con su vestido, sus zapatos y un pequeño collar con tres cascabeles.

En casa todo el mundo sabía que Ella ya estaba lista cuando escuchaban el tintineo de su collar. Una joya que le había regalado su abuelo. Era entonces cuando su madre la llevaba hasta casa de sus padrinos para emprender viaje a la finca. Para sus padrinos, era el día de visitar a sus familiares, empleados en una gran finca del campo charro, pero para Ella era el día de investigar y jugar en la «Casa Fantasmal».

Los que vivían en la finca siempre la saludaban con la misma frase: «¡Ea! Están sonando las campanas, los cencerros y cascabeles. Ya es domingo». O con aquello de: «Deja a la muchacha jugar a su aire, que, si se pierde, el collar de cascabeles nos dice dónde está». Todos creían que Ella se ponía aquel collar de cascabeles para que todos supieran dónde estaba. Nada más lejos de la realidad. Ella, cada domingo, usaba su collar con tres cascabeles para protegerse: «El cascabel es un instrumento usado desde la antigüedad para la protección de lo malo». Eso le decía su abuelo cada vez que se lo ponía. Ella lo usaba para protegerse de las sombras que la perseguían en aquella grandiosa casa llena de habitaciones frías, repletas de fotografías de tiempos lejanos. También existía una habitación donde cada domingo jugaba en una cocinita infantil, a la que no le faltaba detalle, y donde una niña la esperaba impaciente para pasar un día de juegos, risas y mucho ruido de cascabeles.

Cuando Ella atravesaba aquellos pasillos haciendo sonar su collar, las sombras parecían esconderse, o al menos eso es lo que Ella creía. El ruido de su collar de cascabeles le daba la fuerza suficiente para llegar hasta la habitación de la cocinita y jugar con su amiguita. Así pasaba Ella sus domingos hasta que la llamaban desde el otro lado de la casa porque había que volver a casa: «Vamos hija, que llevas todo el día sola...».

Cuando llegaba a casa, iba corriendo hasta donde su abuelo estaba esperándola y le contaba cómo había pasado el día. Él era el único que la escuchaba sin juzgarla. Y guardaba su joya mágica hasta el domingo siguiente. Su abuelo era el único que conocía el secreto de Ella...

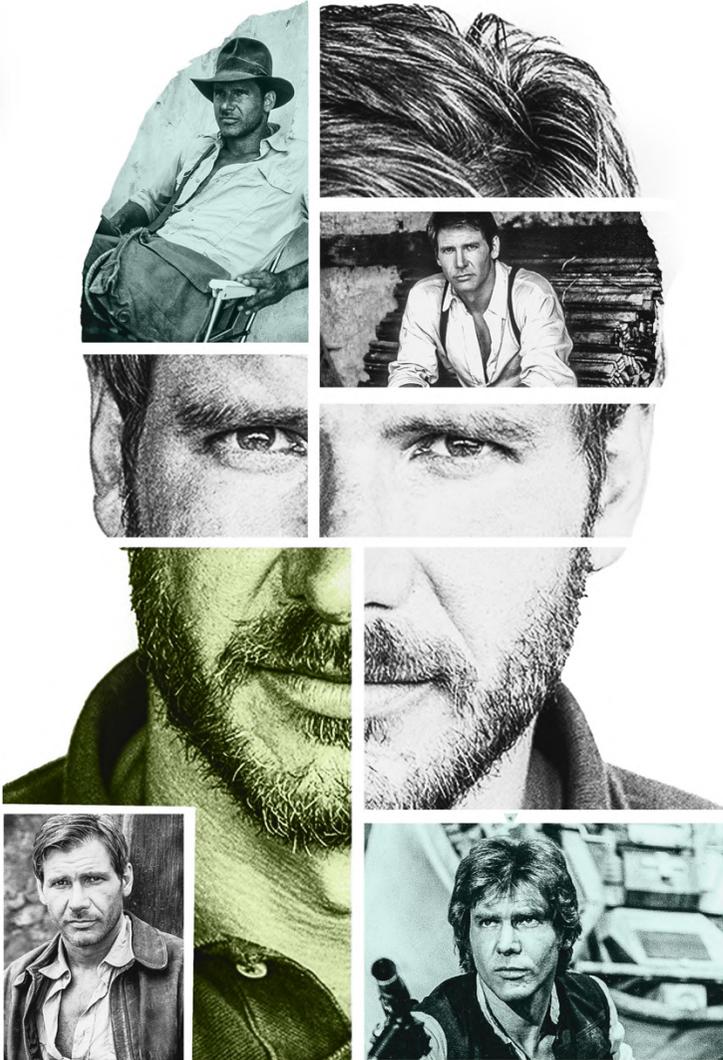
Los años pasaron y Ella dejó de ponerse aquel collar que le protegía y le daba fuerza. Dejó de vestirse de flamenca y de acudir a la cita con aquella niña de la casa fantasmal.

Ella se hizo mayor y su abuelo murió. Marchó con el collar de cascabeles en el bolsillo de la chaqueta. Ella se lo había guardado allí para que emprendiera el viaje protegido.

Han pasado más de 40 años, pero Ella no puede reprimir una sonrisa cada vez que escucha el tintineo de un cascabel. Cuando lo escucha, sabe que está protegida y que puede con todo el camino lleno de sombras. A veces, escucha su collar de cascabeles muy cerca, entonces sabe que su abuelo ha venido a visitarla. A él le gusta seguir viéndola vestida como una artista. Es en ese momento cuando Ella mira hacia atrás, respira y sale a escena.



ELIA GONZALO SANTAMARÍA



- ¡No me cuentes farsas!

El que habla, o ladra según se vea, es Juan, el redactor jefe de la sección de sociedad de los informativos más vistos. Y la que escucha, o intenta aguantar el tipo sin desmayarse, soy yo: becaria recién licenciada en periodismo que acaba de llegar a la gran ciudad con más título que experiencia...

- ¡Aquí no hay tiempo para los «es ques» ni para los «peros»! ¡Esto es un informativo y la actualidad no espera por ti! Es más, ¡le importas una buena mierda a la actualidad! Así que déjate de farsas. ¿Puedes o no puedes hacer la dichosa entrevista?

Contra todo pronóstico, mi boca, claramente desconectada de mi persona, articuló un «claro, claro... claro que puedo», mientras mi mente colapsaba con unos gritos atronadores: «¿PERDONA? ¿CÓMO QUE CLARO? ¡QUE UN "JELOU JAU GUAR YU" NO ES UNA ENTREVISTA! ¡RECULA! ¡RECULAAAAAAA!» Pero no reculé. No hubo opción. Y así es como terminé sentada en frente de Harrison Ford, sin tener ni idea de inglés y con una pieza que editar para el informativo de las 3 en menos de dos horas...

Aún con el shock de verme en esas y con mi conversación interna en la que fantaseaba con tirarme al suelo y hacerme la muerta como única solución, llegué al hotel donde habían citado a la prensa.

Pensaba que lo peor sería ponerme delante de «Indi» con cara de póquer, pero, como siempre en esta profesión, hay giros de guión... Y ahí estoy yo, intentando tranquilizarme, respirando rollo «uno, dos y tres, yo me calmaré todos lo veréis», cuando ¡PAM!:

- ¿Y tú quién coño eres? – preguntó el único que se atrevió a ser tan directo.

A la mierda mi intento de relajación (tan efectivo, por otro lado). El atragantamiento general cuándo dije «Soy la becaria del informativo...» retumbó en las paredes, os lo prometo. Y, así, sin anestesia, me topé con una realidad del mundillo del periodismo que nadie te cuenta y que es de lo más útil para adentrarse en él.

Dentro de este oficio hay varias «tribus»: los de actualidad, siempre informados, corriendo de un sitio para otro y capaces de hablar de descuartizadores mientras le meten mano a un filete; los de corazón, que se saben la vida y milagros de los famosos de medio pelo de hoy, pero que sueñan con que vuelvan las divas como «La Faraona» o «La Más Grande» y con hacerse las temporadas en la Marbella de Gunila Von Bismarck (que, por cierto, ¿hasta qué edad se puede tener pelo bebé? Es una duda que me asalta me perturba y me inquieta), y los periodistas de cultura, esos que ahora mismo me están mirando como si fuese un bicho raro en este hotelazo de cinco estrellas en el que vamos, incluida yo, a entrevistar al gran Harrison Ford. Este tipo de periodistas se pegan la vida padre conociendo gente interesantísima, van a todos los estrenos de cine y de teatro y, bajo ningún concepto, hacen otro tipo de información. Por supuesto, no se mezclan con el resto de la profesión y se consideran los eruditos del oficio. Y, claro, yo no es que no sea erudita, es que, por no ser, en este momento no soy ni redactora, así que el estupor general en este instante es de dimensiones bíblicas.

- Por cierto, si tú eres del informativo, ¿dónde está María? – dijo, de repente, el chico de la distribuidora, sacándome de mi ensoñación

-El informativo es el primero y tiene que entrar ya, no podemos retrasarnos. Ya sabéis que tenéis ocho minutos. Ni uno más.

Sentí cómo el suelo se movía bajo mis pies y un eco llegaba a mi cerebro: «El informativo es el primero». «¿SOY LA PRIMERA?» ¡TIRATE AL SUELO AHORAAA, FINJE UN VAHÍDO... ALGOOOO... (mi mente como siempre siendo de mucha utilidad)». Y, de repente, el de la distribuidora, moviéndose con la agilidad de un ninja 2.0, consiguió cogerme del brazo, meterme en la otra sala y sentarme en la silla del set de entrevista en menos de un frame. ¡A tan sólo un metro y medio del mismísimo Harrison Ford!



ELIA GONZALO SANTAMARÍA

«Ay sí, empezamos, qué optimista el tío... ya me gustaría a mí empezar a algo... a hablar, a salir corriendo... a morirme, algo...», pensaba.

- Hello! Nice to meet you. Are you ok?

¡Ay madre del amor hermoso, que el mismísimo Harry me está hablando! Ojo, que esta me la sé:

- «Fain zanks, an yu?»

Y sí, me respondió. Es más, Harrison es de párrafo largo. Me encantaría contaros todo lo que esta estrella mundial de la gran pantalla sentada a escaso metro y medio de mi persona me dijo mirándome a los ojos, pero, como diría Ortega y Gasset: ahí estábamos «yo y mi circunstancia». Y, en ese momento, mi circunstancia era un cuadro flamenco.

- Perdona. ¿Eras... Elisa?

- Elia.

- Vale, Elia, que no te he dicho que tenemos traductora en la distribuidora, que como son sólo ocho minutos, igual lo prefieres para ir más rápido...

«¿QUE HAY UN TRADUCTOR Y YO ESTOY AL BORDE DEL ICTUS?», atronaba mi propia voz interna. Pero tirando de oficio frustrado de actriz, solté muy convincente: «me parece bien». Y, de repente, lo escuché: un sonido de cascabeles que se acercaba hasta mí sin prisa, pero sin pausa, desde el otro lado del foco, acompañando a una figura que ríete tú del brillo de estrella de Harry. Confieso que, en ese momento pensé que, en realidad, sí que me había desmayado de la tensión y estaba en el mismísimo Edén (porque, si no, ¿a santo de qué estaba escuchando cascabeles en semejante situación?).

-Hola soy Teresa, la traductora.

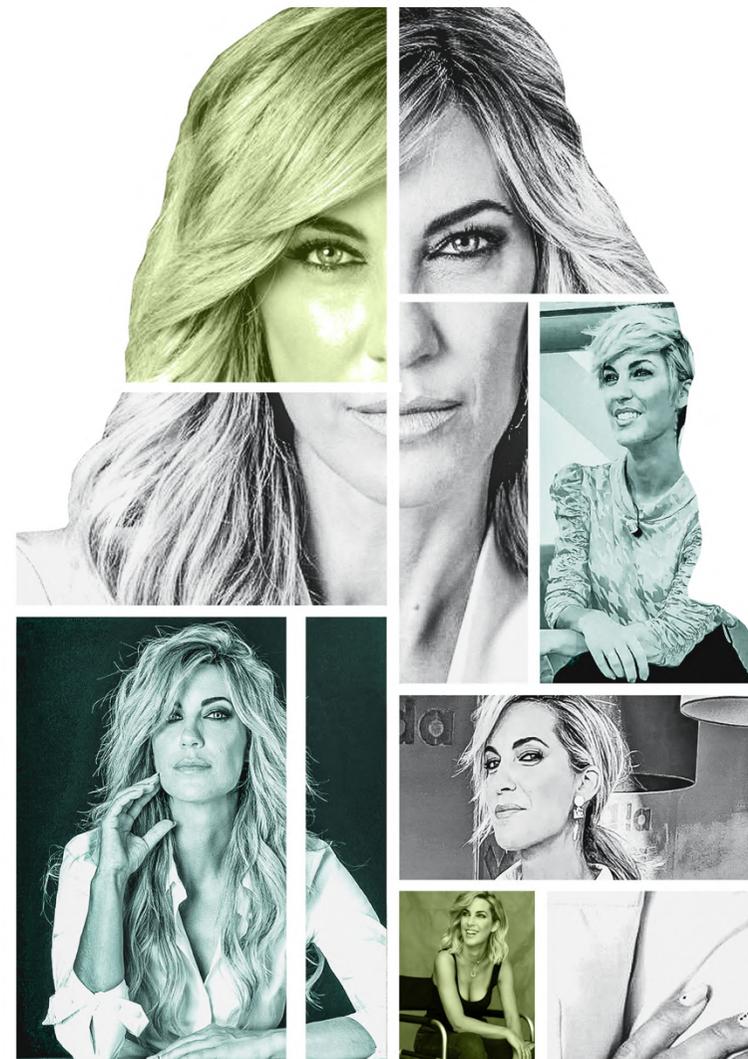
No pude decir nada. Primero, por mi estado catatónico y, segundo, porque el tipo del crono (sí, lo de los ocho minutos no es una forma de hablar) dijo «empezamos» y, entonces, comenzaron los ocho minutos más surrealistas de mi vida: yo le decía a mi salvadora con cascabeles la pregunta en español, ella se la traducía a Harrison Ford, y él me la contestaba a mí en su inglés perfecto (mientras yo, a lo Homer Simpson, oía «blablá blablá blablá») hasta que el tipo que llevaba el crono dijo: «Ocho minutos, se termina aquí»

- Ahora entiendo que le guste a mi madre y me guste a mí - solté para aparentar que me había enterado de todo.

Y, para mi sorpresa, Teresa tuvo a bien traducirlo. De repente el mismísimo Harrison Ford se levantó, se me acercó y me plantó dos besos mientras me decía: «Gra -si - as a tú». Os prometo que entonces sí que casi me caigo al suelo redonda.

- ¿Pero qué coño? - ¡PAM! (a la mierda el momento que le contaría a mis hijos no natos). - ¡Tendré que ver tu pieza a ver qué cojones le has preguntado para semejante alarde de gratitud de un tipo tan sieso! - soltó el redactor, que parecía tener incontinencia verbal a mi llegada al set.

«¡¡¡MIERDA, LA PIEZA!!! ¡¡NO LLEGO!! ¡¡NO LLEGO!!» gritaba internamente mientras acerté a articular: «Cenkiu, mister Ford». Y, así, mi inglés «arapajoe» y yo salimos disparados al taxi que nos llevaría hasta la tele, donde empezó otra estación de penitencia en la que, spoiler, no hubo cascabeles salvadores.



LA OBRA

DE PEDRO VEZ LUQUE PARA CASCABELES



pedro vez luque
2023



LA
VISCERA
magazine